



# «Cristo, nuevo principio de conocimiento y de acción»

**Apuntes de las intervenciones de Francesco Cassese y Davide Prosperi  
en la Jornada de apertura de curso de los adultos de Comunità e Liberación en Lombardia**

Unipol Forum, Assago (Milán) y por conexión en video, 14 de septiembre de 2025

# «Cristo, nuevo principio de conocimiento y de acción»

**Apuntes de las intervenciones de Francesco Cassese y Davide Proserpi en la Jornada de apertura de curso de los adultos de Comunión y Liberación en Lombardía**

Unipol Forum, Assago (Milán) y por conexión en video, 14 de septiembre de 2025

## ***Davide Proserpi***

El 6 de junio, el papa León XIV hablaba de «una unidad que tiene su fundamento en Cristo: Él nos atrae, nos atrae hacia sí y así nos une también entre nosotros»<sup>1</sup>. Invoquemos pues su Espíritu, para que nos acompañe en este gesto y a lo largo de todo el camino que este año queremos seguir recorriendo juntos. Por eso es una alegría estar aquí.

*Desciende, Santo Espíritu*

## ***Francesco Cassese***

¡Buenas tardes! Es realmente bonito poder empezar este camino, y aún más saber que estamos llamados a recorrerlo juntos. Hoy aquí, en el Forum de Assago, somos más de 11.000 personas, a las que se añaden otras 2.500 conectadas desde cinco localidades de Lombardía.

Antes de empezar quiero compartir con vosotros el mensaje que Davide ha enviado al papa León por su 70º cumpleaños que, por una feliz coincidencia para nosotros, es justo hoy:

«Santidad, en el día de su cumpleaños damos gracias a Dios por el don de su vida y su abrazo paterno a la Iglesia universal. Como siempre nos enseñó

don Luigi Giussani, queremos servir a la Iglesia y a sus pastores allí donde Cristo tome la iniciativa en nuestras vidas. Por ello deseamos custodiar cada vez con mayor vigor los dones de la unidad, la comunión y la paz como usted nos ha transmitido desde su elección. Cuento con las oraciones de todas las comunidades de Comunión y Liberación en el mundo por su persona y por su misión. Con mis mejores deseos y a la espera de poder verle pronto, suyo, con devoción, Davide Proserpi»<sup>2</sup>.

Quiero empezar con un recuerdo familiar. Hace ya unos años mi sobrino estaba aún en la edad de la adolescencia y estaba un poco inquieto, nervioso e insufrible. Recuerdo que al cabo de unos meses volví a casa de mi hermana y lo encontré mucho más calmado y sonriente. Mirándolo, noté que había crecido en estatura, estaba más alto, probablemente ya había alcanzado a sus compañeros de clase. Entonces comprendí que parte de su problema se debía al hecho de que no estaba creciendo. Es un dato banal, pero me pareció muy significativo. Me di cuenta de que todos nosotros (niños y adolescentes, pero también adultos) estamos hechos para crecer, para incrementar nuestra humanidad, y cuando eso no sucede empezamos a quejarnos, a

<sup>1</sup> León XIV, *A los moderadores de las asociaciones de fieles, movimientos eclesiales y nuevas comunidades*, 6 de junio de 2025.

<sup>2</sup> D. Proserpi, «¡Felicidades, Papa León!», 14 de septiembre de 2025, *clonline.org*.



medirnos a nosotros mismos y a los demás, y nos volvemos insufribles.

Don Giussani, en el libro *El encuentro que despierta la esperanza* –que recoge textos inéditos de los Ejercicios de los universitarios de CL en 1985–, usa la imagen de una ciénaga: el agua estancada, que ya no refleja nada, representa a los que viven repitiendo lo que ya saben. El agua que corre, en cambio, siempre está clara y por eso refleja el cielo. Del mismo modo, nuestra compañía se convierte en signo del destino porque deja entrever la eternidad<sup>3</sup>. Así pues, nosotros sentimos la urgencia de profundizar nuestra relación con el Misterio que hace todas las cosas y el camino para poder profundizar en esta relación no lo podemos imaginar solos. Deseamos avanzar en el camino que estamos recorriendo, en un descubrimiento vivo, concreto y encarnado de la integridad del carisma y de los rasgos esenciales de la experiencia del movimiento.

Esta tarde, mi tarea consiste en ofrecer una breve síntesis de ciertos pasos significativos que hemos dado en el último año. A continuación, quiero proponer tres preguntas que han surgido en la vida de nuestras comunidades.

Empiezo por la Jornada de apertura del curso pasado, *Llamados, es decir, enviados: el inicio de la misión*<sup>4</sup>. Fue un momento que puso en marcha la vida de muchas comunidades. Este verano, en muchas conversaciones, me he dado cuenta de que las palabras que compartimos hace un año se han llenado de experiencia, han tomado cuerpo, se han hecho carne.

Luego está la carta que el papa Francisco te envió el 1 de febrero, un gesto profundo y paternal, signo de su atención a todo el movimiento, al camino que estamos haciendo juntos dentro de la historia de la Iglesia. En el mes de abril le sobrevino la muerte. Fue un gran dolor, pero también una experiencia

de la grandeza de la Iglesia, que se manifestó ante el mundo de manera extraordinaria. Recordemos su funeral, con todos los poderosos de la Tierra allí presentes, sentados en sillas de plástico como el resto del pueblo. Una imagen de cierto impacto, que hacía patente el reconocimiento de una auténtica y única paternidad espiritual.

Pocas semanas después llegó la elección del papa León XIV. Una de sus primeras intervenciones públicas fue con motivo del Jubileo de los Movimientos, las Asociaciones y nuevas Comunidades. Nos dirigió palabras fuertes y verdaderas, que nos impactaron enseguida. Indicó la finalidad de los carismas: despertar «en los corazones el deseo de encontrar a Cristo». Acoger su invitación a ser «levadura de unidad, de comunión y de fraternidad», a entregar la vida «al servicio de la misión»<sup>5</sup> para que Cristo sea conocido, por una parte nos ha confirmado en el camino emprendido –de hecho, sus palabras están en profunda sintonía con lo que queríamos poner en el centro de la propuesta del año pasado– pero al mismo tiempo nos ha hecho percibir aún con más fuerza toda nuestra responsabilidad. En efecto, nosotros somos los primeros necesitados de conversión. Porque a menudo nos encontramos tibios, inciertos, llenos de medidas, frenados por resistencias y reticencias.

Otro signo precioso en este camino ha sido la carta del papa León XIV a Alberto Brugnoli, presidente de los *Memores Domini*, con motivo de los Ejercicios de verano en La Thuile<sup>6</sup>. Una carta que es un sostén en la prueba, que nos devuelve el respiro e indica claramente el camino (está publicada en la web de CL, todos la podemos leer). Escrita a los *Memores Domini* y referida a su situación particular y concreta, es signo de la paternidad del Papa con toda nuestra experiencia.

<sup>3</sup> Cf. L. Giussani, *El encuentro que despierta la esperanza*, Encuentro, Madrid 2025, pp. 30ss.

<sup>4</sup> F. Cassese y D. Prosperi, *Llamados, es decir, enviados: el inicio de la misión*, *clonline.org*.

<sup>5</sup> León XIV, *A los moderadores...*, op. cit.

<sup>6</sup> «Mantener la concordia entre ustedes y en la Iglesia es necesario para que el carisma inspirado por Dios a don Luigi Giussani continúe generando frutos de bien y ayude especialmente a las nuevas generaciones a encontrar al Señor para convertirse en signo profético de su Belleza» (León XIV, Carta a Alberto Brugnoli, presidente de la asociación laical *Memores Domini*, 21 de julio de 2025, *clonline.org*).

Ya desde el momento en que nació el movimiento, don Giussani hablaba de dos pilares esenciales para nosotros. Por una parte, «*la vida cristiana como comunión*»; por otra, «*la colaboración en el acontecer del mundo, del cosmos*». Decía: «Estos son los dos puntos esenciales, enteramente tales, de nuestra concepción. Estas son las dos claves, y eso es todo»<sup>7</sup>.

Impresiona la consonancia con lo que nos indicaba el Papa en su discurso a los moderadores con motivo del Jubileo de los Movimientos, cuando nos invitaba «a colaborar fiel y generosamente» con él, diciendo justamente que «la unidad y la misión son dos pilares de la vida de la Iglesia y [...] del ministerio petrino»<sup>8</sup>.

Pero para que nuestro recorrido no sea abstracto, ajeno al punto real en el que nos encontramos, más preocupado por desarrollar una lógica que por sostener la evolución de una vida, es necesario que los pasos siguientes –insistencias y profundizaciones– se apoyen sobre el terreno de los que ya hemos dado. Deben tener en cuenta lo que sucede entre nosotros. Nosotros aprendemos de la historia. En otras palabras, hay que verificar la experiencia vivida en relación a la propuesta dirigida a todo el movimiento, empezando por la Jornada de apertura de curso del año pasado.

Por tanto, nos preguntamos: ¿dónde hemos llegado? ¿Qué ha llegado a ser verdaderamente nuestro? Y por otro lado, ¿qué ha generado dificultades, resistencias, incomprensiones, o incluso se ha ignorado? Ahora intentaremos poner de manifiesto lo que hemos aprendido, pero también las dificultades y las preguntas, partiendo de todo lo que hemos vivido, incluida la Escuela de comunidad y los Ejercicios espirituales de la Fraternidad y de los jóvenes trabajadores.

## 1. CRISTO NOS ATRAE HACIA SÍ

### *Cassese*

Empiezo entonces con la primera pregunta. Parto del *Concierto para violín y orquesta en re mayor op. 61* de Beethoven que hemos escuchado al entrar. Para adentrarnos en la escucha de este concierto, don Giussani usa la imagen del «individuo» y la «comunidad», comparándolos con el violín y la orquesta<sup>9</sup>. Las escapadas del violín son rescatadas y sostenidas por la orquesta, pero hay que reconocer qué gusto y qué espectáculo es oír esas escapadas, ese virtuosismo. Tal vez sean los momentos del concierto que más nos cautivan, que más valoramos.

Aquí llega mi primera pregunta. ¿Qué significa que el deseo de cumplimiento –que me caracteriza a mí, a ti, a cada uno de nosotros, que define el corazón humano– halla respuesta dentro de una pertenencia? ¿Qué tiene que ver mi humanidad con la comunión de la que hemos hablado? ¿En qué sentido esta pertenencia no tapa las preguntas que tengo?

### *Prosperi*

Hemos empezado con esta frase del papa León: es Cristo quien «nos atrae, nos atrae hacia sí y así nos une también entre nosotros»<sup>10</sup>. Cada uno de nosotros está aquí, incluso el que venga por primera vez, porque de algún modo se ha visto atraído por Cristo, a través de un encuentro humano que nos ha conquistado. Como dice la *Gaudium et spes*, «Cristo [...] en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre»<sup>11</sup>. Su presencia corresponde de manera inimaginable, única, a las exigencias irresistibles e innegables de nuestro co-

<sup>7</sup> L. Giussani, *Una revolución de nosotros mismos. La vida como comunión (1968-1970)*, Encuentro, Madrid 2024, pp. 44-46.

<sup>8</sup> León XIV, *A los moderadores...*, op. cit.

<sup>9</sup> Cf. L. Giussani, «La dimora dell'io», en *Spirto Gentil. Un invito all'ascolto della grande musica guidata da Luigi Giussani*, a cargo de S. Chierici y S. Giampaolo, Bur, Milán 2011, pp. 135-137.

<sup>10</sup> León XIV, *A los moderadores...*, op. cit.

<sup>11</sup> Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, 22.

razón. En la relación con él, mi humanidad halla cumplimiento, verdadera alegría, paz.

Todo el trabajo de Escuela de comunidad realizado hasta ahora con *El sentido religioso*<sup>12</sup> nos ha ayudado a entrar en esta dinámica, mientras que el camino que vamos a comenzar con *Los orígenes de la pretensión cristiana*<sup>13</sup> será una ocasión para fijar la mirada en Cristo, en el acontecimiento de Dios que se hizo hombre para hacerse compañero de camino del hombre.

Pues bien, si uno está aquí es porque, al encontrarse con una determinada compañía, ha percibido en ella el soplo nuevo de una promesa de vida, ha presentado una Presencia que correspondía a la espera original de su corazón, y se ha dicho, tal vez sin decirlo explícitamente:

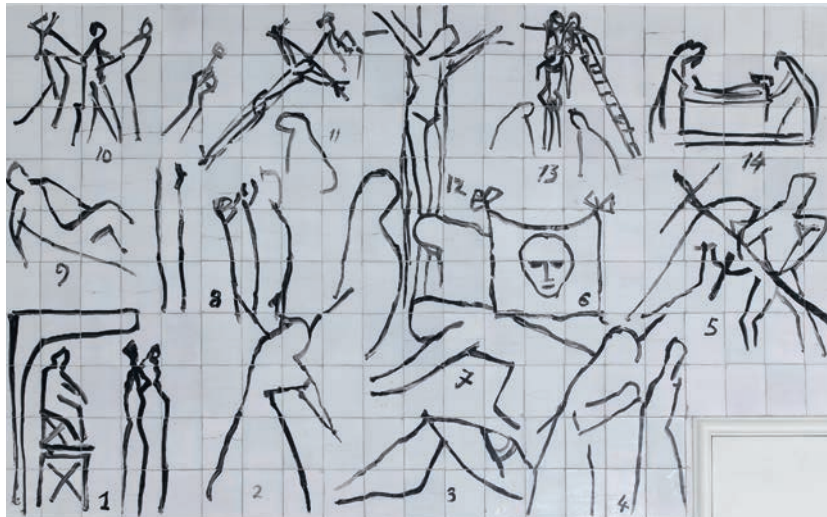
«me voy con ellos». Este es el significado concreto, tangible, del carisma concedido a don Giussani: de esta forma Cristo nos ha salido al encuentro persuasivamente, fascinándonos, atrayéndonos hacia sí y haciéndonos una sola cosa.

En *El encuentro que despierta la esperanza*, Giussani dice que «el Misterio que hace todas las cosas, que se ha hecho hombre, me toca, me alcanza, se convierte en encuentro a través de un punto físico, a través de ese chico o de esa chica que me ha

dicho una determinada cosa, o de ese grupito de gente con el que he ido de excursión, o de esa voz que hablaba, de ese gesto realizado o de esa iniciativa en la que he participado. ¡Dios mío, se trata de un punto infinitamente pequeño, absolutamente infinitesimal! El Misterio que hace todas las cosas me alcanza a través de estas personas, me alcanza a través de esta compañía»<sup>14</sup>. En ella se hace experimentable la mirada de Cristo, su amor por nosotros, y así podemos sentirnos aferrados desde lo

más hondo de nuestro ser.

Para insistir en este punto quiero referirme a una imagen que es el Via Crucis que pintó Matisse en la capilla de Vence<sup>15</sup>. Apparentemente es un “barullo” indefinido, pero sigue una lógica muy precisa. En el centro, junto a



Matisse, *Via Crucis* (1949-1951), Capilla del Rosario, Vence  
2025 ©Foto Scala, Florencia

la prolongación de la cruz, se ve el velo de la Verónica. Porque nosotros no podemos ver el rostro de Cristo directamente, lo vemos a través del velo de la Verónica. Como se puede apreciar, es el único rostro del que se ven los ojos, que nos miran fijamente. Es la mirada de Cristo que nos alcanza a través de la Iglesia, el misterio de nuestra comunión. Esta es precisamente la forma que Cristo ha elegido para permanecer presente en la historia, con ciertos rasgos, con un rostro preciso. No es una

<sup>12</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2023.

<sup>13</sup> L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2011.

<sup>14</sup> L. Giussani, *El encuentro que despierta la esperanza*, op. cit., p. 53.

<sup>15</sup> Chapelle du Saint-Marie du Rosaire (Vence), Via Crucis realizado para la pared del fondo, proyectado y decorado por Henri Matisse entre 1949 y 1951 para las hermanas dominicas.

mirada directa, sino velada. El Hijo de Dios habría podido elegir otra manera, pero ha elegido esta, por lo que también nosotros, tal como somos, miserables y mezquinos, al ser aferrados por Él participamos de la realidad de su misterioso rostro<sup>16</sup>. Es la paradoja cristiana: a través de una carne imperfecta se comunica la perfección del Misterio.

Así descubrimos la fe no como algo intelectual o intimista, sino como una implicación con una Presencia, su Presencia aquí y ahora. En el libro que se ha publicado este verano, *Un volto nella storia*, Giussani afirma que «la “fe” no es una teoría para el cristiano, sino el reconocimiento de un acontecimiento, [...] de una realidad que ha sucedido y que sigue sucediendo, el reconocimiento de la realidad de Cristo, [...] de su continuidad en la historia, es decir, [...] del misterio de la comunión cristiana»<sup>17</sup>.

La gracia del encuentro que nos ha traído hoy aquí y por tanto la compañía en la que nos ha introducido son la forma en la que Cristo se dirige a cada uno de nosotros diciendo: «ven conmigo, sígueme». Si nosotros estamos aquí es porque –con mayor o menos conciencia– estamos respondiendo a esta llamada: «sí, ¡aquí estoy! Estoy, con todas mis fatigas; estoy, agradecido por mis alegrías y afligido por mis penas; estoy, con todo el peso de mis errores... pero ¡estoy! Estoy aquí para ti, Señor. Te lo pido, ¡acógeme!».

Claro que siempre tenemos la posibilidad de rechazarlo, como vemos en el relato del joven rico. «Se acercó uno a Jesús y le preguntó: “Maestro, ¿qué tengo que hacer de bueno para obtener la vida eterna?”». Jesús le da una respuesta aparentemente extraña: «¿Por qué me preguntas qué es bueno?

Uno solo es bueno»<sup>18</sup>. Ser bueno no es algo de lo que el hombre sea capaz, pues solo Dios es bueno. Aquí Jesús empieza a introducir el punto al que quiere llegar: tú solo con tus fuerzas, con tus energías, nunca podrás ganarte la vida, la vida eterna.

Cuando luego le dice al joven que debe guardar los mandamientos, este replica: «Todo eso lo he cumplido. ¿Qué me falta?»<sup>19</sup>. El evangelio dice: «Jesús se quedó mirándolo, lo amó [¡lo amó!] y le dijo: “Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme”. A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó triste porque era muy rico»<sup>20</sup>. Este apunte del evangelio es impresionante. De hecho, podía haberse ido «enfadado» o «decepcionado», pues no había recibido la respuesta que esperaba. ¿Por qué, en cambio, se marchó «triste»?<sup>21</sup> Porque *le costaba* marcharse: verdaderamente había reconocido el carácter único de Cristo, pero no le había bastado; era demasiado fuerte el apego que tenía a sus bienes, a sus proyectos, al fruto de su trabajo, para abandonarlo todo y seguirle.

En este relato, Jesús parece presentarse como una alternativa a las cosas que su propio Padre, Dios, había donado al joven rico. Hay una canción reciente de Benson Boone (*Beautiful Things*) que dice: «Oh Dios, no me quites las cosas bonitas que tengo»<sup>22</sup>. ¿Por qué el joven rico no deja sus bienes? Creo que por un solo motivo: porque, aun habiendo reconocido e incluso estimado la grandeza de ese hombre que tenía delante, no logra decidirse por él, le vence el apego a lo que tiene, a su medida. Sigue diciendo Giussani, como expresando el pensamiento de aquel joven: «Pero, ¿con qué derecho me dices: “ven y sí-

<sup>16</sup> «El Bautismo es el gesto con el que Cristo muerto y resucitado toma a los hombres que el Padre ha puesto en sus manos y los incorpora a Sí mismo. Ellos se convierten de este modo en parte de su figura, de su personalidad, en miembros de su Cuerpo» (L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, p. 56).

<sup>17</sup> L. Giussani, *Un volto nella storia. Il compito della Chiesa nel mondo (1969-1970)*, Rizzoli, Milán 2025, p. 201.

<sup>18</sup> Mt 19,16-17.

<sup>19</sup> Mt 19,20.

<sup>20</sup> Mc 10,21-22.

<sup>21</sup> Mt 19,22.

<sup>22</sup> «Oh God / Don't take / These beautiful things that I've got» (B. Boone, *Beautiful Things*, del álbum «Fireworks & Rollerblades», © Night Street – Warner Records, 2024).



gueme”?». Y añade: «“Sígueme” no es una ley de la vida, ir tras de ti no es una ley de la conciencia, no es una ley moral reconocida por la comunidad, por la sociedad; seguirte es otra cosa, es una extrapolación, seguirte es algo extraño, insólito: abandonar al padre, a la madre, abandonar a la novia, abandonar el dinero... ¿Quién podría decir: “sígueme”? [...] ¿Quién podría decirlo con autoridad? Alguien que fuese mi Señor, alguien a quien yo perteneciera». He aquí «la gran palabra: pertenencia»<sup>23</sup>.

Este es también el drama de cada uno de nosotros. Más que un auténtico rechazo (que a veces puede llegar a suceder, como sabemos dolorosamente), para nosotros se trata –observa Giussani– de «una resistencia ante la evidencia de la pertenencia: “¡Sígueme, porque eres mío!”. Es fantástico leer el evangelio sorprendiendo en Cristo la conciencia de ser el Señor de la gente cuando usa la expresión “los suyos”. “Los suyos”, “los míos”. Nosotros desarrollamos una resistencia contra esta pertenencia»<sup>24</sup>. En efecto, también nosotros, hijos de la cultura de nuestro tiempo, afirmamos –tal vez no lo teorizamos, pero lo afirmamos en los hechos, en nuestras decisiones–: «yo soy mío». Pero es una mentira que nos paraliza porque, como hemos visto este año en la Escuela de comunidad, si hay una evidencia aplastante para el hombre es que no se hace a sí mismo, pertenece a Otro, es relación con el infinito. Nosotros pertenecemos a Dios<sup>25</sup>.

«Pero nuestra dependencia como criaturas se quedaría en una percepción enigmática y pasajera si no nos hubiera sido revelada claramente en Cristo»<sup>26</sup>. En la pertenencia al Dios que se ha he-

cho hombre, a Cristo, es donde se aclara nuestra dependencia de Dios: pertenecemos a Cristo, «pertenecemos a Aquel que hemos encontrado. *Pertenecemos a Él*, por eso –continúa Giussani– pertenecemos también al instrumento con el que Él nos alcanza, es decir, la compañía, la comunidad»<sup>27</sup>. Es justo ahí donde salta nuestra resistencia, cuando la pertenencia deja de ser a una idea sino al Hecho cristiano: a Cristo y a la Iglesia.

Entonces debemos preguntarnos por qué abandonarlo todo para seguir a Cristo. ¿Por qué aceptar pertenecerle, dentro de toda la historicidad que conlleva? Hay un solo motivo, dice Giussani: «Esta presencia es necesaria para que yo exista, para ser yo mismo»<sup>28</sup>. En la pertenencia a esta presencia reside toda mi consistencia y por tanto toda mi fecundidad, la fecundidad de mi vida y de la tuya. De hecho, en la pertenencia a la compañía donde se experimenta concretamente el encuentro con Cristo, «nuestra persona entera se pone en juego (...) y, con el paso del tiempo, cambia: realmente se piensa, se percibe, se juzga, se siente, se toma afecto, se trabaja, es decir, se maneja la realidad y nos entregamos nosotros mismos (nuestra vida y nuestra muerte) de un modo profundamente distinto»<sup>29</sup>.

## 2. DE LA PERTENENCIA, UN JUICIO NUEVO

### Cassese

Paso ahora a la segunda pregunta. Estos años hemos aprendido en la Escuela de comunidad,

<sup>23</sup> L. Giussani, *El encuentro que despierta la esperanza*, op. cit., pp. 59-60.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 64.

<sup>25</sup> «En este momento yo, si estoy atento, es decir si soy una persona madura, no puedo negar que la evidencia mayor y más profunda que percibo es que yo *no me hago a mí mismo*, que no me estoy haciendo ahora a mí mismo. Yo no me doy el ser, no me doy la realidad que soy, soy algo “dado”. Es el instante adulto en que descubro que yo dependo de otra cosa distinta. Cuanto más profundizo en mí mismo, si quiero llegar hasta el fondo de mi ser, ¿de dónde brotó? No de mí, sino *de otra cosa*. Es la percepción de mí mismo como un chorro que nace de una fuente. Hay otra cosa que es más que yo, y que me hace. Si el chorro de una fuente pudiera pensar, percibiría en el fondo de su fresco brotar un origen que no sabe qué es, que es otra cosa distinta de él [...]. Yo soy “tú-que-me-haces”» (L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 175).

<sup>26</sup> L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 81.

<sup>27</sup> L. Giussani, *El encuentro que despierta la esperanza*, op. cit., p. 70.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 54.

<sup>29</sup> L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 82.

desde el primer capítulo de *El sentido religioso*, que el juicio es «el comienzo de la liberación»<sup>30</sup>. Sin embargo, veo que esta palabra –«juicio»– suele percibirse como algo duro, como una hoja afilada, una condena o algo que incluso aplasta nuestra libertad. Otras veces parece evocar cierta actitud de superioridad, como si nos colocara un peldaño por encima de los demás. Por eso quiero pedirte que nos ayudes a comprender mejor el significado de la palabra «juicio», en la que hemos insistido mucho este año<sup>31</sup>. También quiero pedirte una aclaración sobre lo que don Giussani llamaba «juicio comunal», es decir, la posibilidad de dar un juicio sobre la realidad partiendo de una comunión vivida, porque es una expresión que a veces puede interpretarse como plegarse a la opinión de la compañía, o en el sentido de tomar decisiones por mayoría.

### **Prosperi**

Hemos dicho que estamos aquí y estamos juntos por el atractivo de Cristo. Pero el atractivo de Cristo causa efecto en nuestra vida, no la deja igual que antes: la perturba. Si es una Presencia con la que podemos “ser una sola cosa”<sup>32</sup> –no una idea, no el fruto de nuestra imaginación–, entonces inevitablemente perturba, sacude, cambia la vida, no deja nada como estaba, genera en mí un nuevo ser, una identidad nueva, que es mi verdadera identidad.

El encuentro con Cristo presente «tiene un valor genético, porque representa el nacimiento de un sujeto nuevo que aparece en un lugar y en un momento determinados de la historia, cuya nueva personalidad se alimenta y crece por dicho encuentro, con una concepción única e imposible de

reducir a cualquier otra, pues recibe de él un *noûs* nuevo, un conocimiento distinto. Cuando semejante Presencia entra en juego en todas las relaciones de la vida, cuando estas están “colgadas” de ella, cuando dichas relaciones se salvan, se juzgan, se coordinan, se valoran y se usan a la luz de esa Presencia, se tiene una cultura nueva»<sup>33</sup>.

Como dice el título de esta Jornada de apertura, Cristo es «nuevo principio de conocimiento y de acción»: expresión que encontramos en el *Libro de las horas*<sup>34</sup>. La pertenencia a Cristo introduce en nuestra vida un cambio radical, que es en primer lugar un cambio de mirada, a nosotros mismos y a todas las cosas, una mutación en las categorías de la inteligencia, en la forma de pensar y de valorar. De hecho, Jesús invita a cambiar de mentalidad<sup>35</sup>. Y san Pablo afirma: «No os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto»<sup>36</sup>. Para expresar este concepto, Giussani usa mucho la palabra «juicio»: cambiar el juicio.

Un juicio nuevo –más completo, más verdadero– que nace de una fe vivida en la comunidad cristiana. Giussani cuenta que nuestro movimiento comenzó cuando se encontró por la calle con cuatro chavales que iban al liceo Berchet y les animó a juzgar los problemas de la vida a la luz de la fe. «Una semana después estos cuatro se presentaron en la asamblea e hicieron una intervención comenzando con estas palabras: “Nosotros los católicos...”. Desde aquel instante, en aquella escuela [...] no hubo tema más discutido que la Iglesia y el cristianismo»<sup>37</sup>. El uso de ese “nosotros” indica una fuente nueva para los criterios de juicio que se aplican a la historia.

<sup>30</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 35.

<sup>31</sup> Cf. D. Prosperi, *Cultura: ser para Cristo*, 18 de mayo de 2024, *clonline.org*.

<sup>32</sup> Cf. L. Giussani, *Cartas de fe y de amistad*, Encuentro, Madrid 2010, p. 38.

<sup>33</sup> L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 157-158.

<sup>34</sup> «Preces», laudes del miércoles, *Libro de las horas*, Huellas 2010, p. 146.

<sup>35</sup> Cf. Mt 4,17.

<sup>36</sup> Rom 12,2.

<sup>37</sup> L. Giussani, *El movimiento de Comunión y Liberación (1954-1986)*. Entrevista de Robi Ronza, Encuentro, Madrid 2010, pp. 18-19.



Es imposible no tener otra perspectiva de la historia cuando nos alcanza eso que Giussani llama el «Cristo real»<sup>38</sup>, es decir, la presencia concreta, histórica y contemporánea de Cristo dentro de una compañía. Hemos visto en acto intentos compartidos de expresar públicamente una nueva perspectiva, por ejemplo en algunos números de *Huellas* que luego se han desarrollado más en la web de CL (pienso en los dedicados al cuidado de la vida, la familia, la paz o el último que acaba de salir sobre la libertad de educación). Podemos decir lo mismo de muchos de nosotros que viven la normalidad de la vida cotidiana o afrontan circunstancias particulares: documentan una vida distinta, empezando por las categorías que usan para juzgar, con una vida que ya es por sí misma un testimonio “público” ante el mundo.

Este era el sentido de la frase que dije hace poco en una entrevista: «El día que dejemos de juzgar querrá decir que hemos perdido la fe»<sup>39</sup>. Significa que habremos perdido esa concepción de la fe que se nos otorgó cuando encontramos el carisma donado a Giussani: una fe que tiene que ver con la vida entera y la juzga, la ilumina de un modo nuevo.

Por lo demás, una fe que no juzga es una fe que no toca la vida. Si no cambia el juicio, todo se queda igual que antes, vivimos una fe abstracta, que no incide realmente; y acabamos razonando como todos. Aquí está en juego la concepción del cristianismo y de la fe. Por eso decía Juan Pablo II (con una frase que Giussani citaba mucho): «Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida»<sup>40</sup>.

Hace unas semanas, el papa León afirmaba ante una delegación de políticos franceses que «la salvación que Jesús ha obtenido con su muerte y su resurrección engloba todas las dimensiones de la vida humana, como la cultura, la economía y el trabajo, la familia y el matrimonio, el respeto a la dignidad humana y a la vida, la salud, pasando por la comunicación, la educación y la política. No se puede reducir el cristianismo a mera devoción privada»<sup>41</sup>.

Por lo que se refiere en cambio a la segunda parte de la pregunta, sobre el «juicio comunional», estoy de acuerdo en que debemos ayudarnos a entender mejor de qué se trata, pues es un término que usamos mucho.

En *Una revolución de nosotros mismos*, articulando las dimensiones de la vida cristiana como comunión, Giussani habla en un momento dado de «comunión del juicio»<sup>42</sup>. Este punto lo retoma y desarrolla también en el nuevo libro, *Un volto nella storia*: «La fe es un conocimiento auténtico de la categoría sintética de la realidad, que es Cristo. Desde este punto de vista, la fe consiste en “apropiarse de Cristo”, en participar o hacer nuestra [en este sentido habla de “apropiarse”] la visión de la realidad que tiene Cristo». ¡Porque queremos ver lo que Él ve! ¡Queremos ver la realidad como Él la ve! Giussani continúa: «Pero ¿cómo se apropia la fe de esta visión? ¿Cómo participa de la visión de la realidad que tiene Cristo?». Dentro de la inmanencia a la Iglesia. De hecho, prosigue, «la Iglesia es el lugar de los que participan en la fe y en el juicio de Cristo y por ello tienden, con el tiempo, a expresar ese juicio»<sup>43</sup>. No hay pretensión alguna: es una tensión («tienden»), con el tiempo, a expresar y concretar ese juicio en las situaciones particulares de la vida.

<sup>38</sup> L. Giussani, *Un volto nella storia. Il compito della Chiesa nel mondo (1969-1970)*, op. cit., p. 204.

<sup>39</sup> M. Matzuzzi, «Fidelidad al carisma y reclamo a la unidad. Entrevista al presidente de Comunión y Liberación, Davide Prospero», *Il Foglio*, 11 de junio de 2025.

<sup>40</sup> Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en el Congreso nacional del Movimiento eclesial de compromiso cultural*, 16 de enero de 1982.

<sup>41</sup> León XIV, *Discurso a una delegación de representantes políticos y personalidades civiles del Valle del Marne, en la Diócesis de Créteil, Francia*, 28 de agosto de 2025.

<sup>42</sup> L. Giussani, *Una revolución de nosotros mismos. La vida como comunión (1968-1970)*, op. cit., p. 59.

<sup>43</sup> L. Giussani, *Un volto nella storia. Il compito della Chiesa nel mondo (1969-1970)*, op. cit., pp. 114, 116-117.

La fe es un horizonte global de conocimiento y eso marca una alternativa que Giussani resume así: «O se juzga dentro de la fe o se juzga fuera de la fe, no hay campos neutrales de conocimiento»; lo cual significa que «o se juzga dentro de la Iglesia o se juzga fuera de la Iglesia: no es posible hasta aquí con la Iglesia y a partir de ahí independientemente de la Iglesia. Porque el hombre es uno –¡uno!–, no se puede dividir»<sup>44</sup>.

El «juicio comunional» del que habla Giussani es el juicio nuevo que nace de la fe, que toma de la comunión vivida su origen y también sus categorías. Por tanto, si tú te separas de la vida de la comunión y piensas que estás juzgando desde la fe, “inspirándote” en el carisma, pero fuera de la inmanencia a la compañía en la que vive el carisma, te mientes a ti mismo porque, aunque no quieras, dependes de otra cosa, estás bajo el influjo de la mentalidad común.

En un encuentro de los años 80 (publicado después en *Huellas*) con los monjes de la Cascinazza sobre este tema, don Giussani afirma: «El juicio nace de la conciencia de una pertenencia, está vinculado a la conciencia de pertenencia. ¿A quién pertenezco? ¿A quién pertenecemos? El juicio nace siempre de cómo respondemos y vivimos la respuesta que damos a esta pregunta»<sup>45</sup>. El juicio, por tanto, o expresa una pertenencia a la realidad viva de la Iglesia, a la compañía en la que Cristo te ha puesto para ahondar en la relación con Él, o bien expresa lo que más te condiciona, la mentalidad del ambiente en que vives. Giussani designaba con esta palabra («ambiente») aquello que define nuestra mentalidad<sup>46</sup>.

La insistencia en el «juicio comunional» no es por una llamada al orden sino para acompañarnos en el camino personal de la fe. No se trata de disciplina, sino de amor a nuestra vida. Todo ello tiene

como único objetivo el florecimiento de un nuevo yo en nosotros, como responde Jesús al viejo Nicodemo cuando le pregunta: «¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo?»<sup>47</sup>.

Ahora bien, el «juicio comunional» indica no solo y no siempre el resultado final –eso depende de las circunstancias y de lo opinable del tema, evidentemente– sino también y ante todo la génesis del juicio y el recorrido para llegar hasta él, como expresión de la búsqueda del juicio de la fe. Es un camino juntos, en una compañía guiada, que implica una escucha, una confrontación, una tensión a la unidad. Esto vale tanto –en ciertos casos, sobre cuestiones importantes– para la búsqueda de un juicio común que proponer públicamente (con un manifiesto, un comunicado, un artículo o una exposición, como testimonia el trabajo que han hecho los bachilleres sobre la paz en el Meeting<sup>48</sup>) como para el juicio que das personalmente sobre la situación que tú vives, ante las solicitudes que te llegan de tu ambiente, en la educación de tus hijos, en las decisiones sobre tu futuro o tu carrera. Para quien vive la pertenencia a la compañía cristiana, el juicio es *siempre* comunional, es decir, brota de la fuente de la comunión, toma sus criterios de la inmanencia en ella, en una tensión continua por compararse con ella.

En este sentido, el juicio común y público también es expresión de una pertenencia, de un diálogo, de una confrontación, de un deseo de descubrir juntos el juicio de la fe, no la afirmación de una u otra opinión, aunque sea la de quien guía. Eso implica en cada uno de nosotros el deseo auténtico de ese descubrimiento y la disponibilidad para identificarse con las razones que subyacen a ciertos juicios cuando el movimiento asuma la responsabilidad de proponerlos a todos, en virtud de la importancia de algún tema decisivo o la urgencia histórica de un posicionamiento.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 117.

<sup>45</sup> L. Giussani, «Sobre el juicio comunional», *Huellas*, n. 6/2001.

<sup>46</sup> Cf. L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 28-29.

<sup>47</sup> Jn 3,4.

<sup>48</sup> Cf. *Profezie per la pace*, a cargo de B. Cedone y T. Sperotto, Itaca, Castel Bolognese (RA) 2025.

En ese intento de identificarte puedes percibir una dificultad o algo que no te cuadre y entonces te pones en juego con ese malestar en un diálogo abierto y sincero con la autoridad: «¿Por qué se ha dicho esto? Yo habría dicho lo otro». Por su parte, el que guía debe tomar seriamente en consideración una pregunta sincera, identificar su verdadera motivación y corregir si es necesario. En tu observación puede haber un elemento nuevo y mejor centrado, que puede ayudar a toda la compañía a dar un paso. Eso es lo que llamamos tensión a la unidad, no que todos tengamos que estar “alineados”. Así es como se camina.

Es por tanto un camino que compromete a todos a una conversión, más aún en la medida en que el juicio comunal nunca es abstracto, es decir, no se detiene en la enumeración de criterios teóricos sino que entra en materia, tanto cuando eres tú el que te posicionas ante las circunstancias y desafíos de tu vida personal y social como cuando se trata de cosas que afectan a todos, al marco social, como por ejemplo el cuidado de la vida, la familia, la paz o la educación. Todos temas sobre los que podemos tener posturas distintas –hasta cierto punto, espero– pero la cuestión es si ante ello domina la tensión hacia el diálogo y hacia un juicio común que se pueda ofrecer a todos, si lo que domina no es la propia opinión o recriminación sino esa tensión a la unidad. Es una *tensión*, claro, y por tanto respeta la libertad y los tiempos de cada uno.

Por lo demás, don Giussani siempre insistió en educarnos en una capacidad crítica, en darse las razones de las cosas, en la necesidad y responsabilidad personal del juicio<sup>49</sup>. El movimiento quiere ser el lugar donde crezca nuestra conciencia de las razones de cada propuesta, empezando por la cristiana, y por tanto de la generación de personas libres y críticas, constructores de historia. Por

eso no hay oposición alguna entre estimular una conciencia crítica de la realidad y subrayar el seguimiento de nuestra compañía. Nuestra compañía es y quiere ser el lugar de una educación en el ejercicio del juicio crítico, y la pertenencia a ella favorece la madurez de nuestra personalidad. De hecho, nadie se auto-educar, todos necesitamos un lugar que nos ayude a madurar una inteligencia que sea cada vez más capaz de «examinarlo todo y quedarse con lo bueno»<sup>50</sup>. Esto también puede pasar sobre todo a través de la propuesta de ejemplos concretos de juicio, que tienen un valor cultural y educativo a la vez.

Cualquier juicio contingente –que des tú o la compañía como tal– es por naturaleza perfectible, es una aproximación. El problema, por tanto, no es no equivocarse, eso no nos puede parar (mejor no decimos nada por miedo a equivocarnos). Lo que importa realmente es no abandonar el camino que estamos haciendo, no negar la pertenencia.

Fijémonos en el *Concierto para violín y orquesta* que hemos escuchado al entrar. El violín se hace realmente protagonista justo cuando hace suyo el tema de la orquesta y en cierto sentido renace en su impulso gracias a su pertenencia a la orquesta. En cambio, supondría en todo caso una derrota que nos pusiéramos a teorizar sobre un concepto de libertad entendido como autonomía porque eso nos acabaría separando del origen y nos llevaría a razonar como todos, nos haría menos críticos, nos empujaría a ceder a la presión de lo que don Giussani llamaba el «poder».

La pertenencia a la compañía en la que Cristo nos ha salido al encuentro es lo que nos permite no solo madurar un juicio nuevo, sino también actuar de un modo nuevo, estar delante de las situaciones y de las pruebas, en cualquier desierto, ante cualquier circunstancia, dolor o sufrimiento, incluso ante el mal, de un modo nuevo. Lo

<sup>49</sup> Cf. L. Giussani, *Educación es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2012, pp. 17-19.

<sup>50</sup> Cf. 1Tes 5,21.



hemos visto en el Meeting, por ejemplo, en la exposición de Hermann el tullido o en la de los mártires de Argelia, que el papa León XIV citaba en su mensaje<sup>51</sup>. Lo hemos escuchado en la Asamblea internacional de responsables, en testimonios de todo el mundo. Lo vemos en acto en el testimonio extraordinario del cardenal Pizzaballa y de los religiosos que no abandonan Gaza y Tierra Santa a pesar de la terrible situación y del peligro que corren, del que son totalmente conscientes.

«Cristo, nuevo principio de conocimiento y de acción», como decíamos. El testimonio que vamos a escuchar ahora nos permitirá ver ejemplificada en la vida de uno como tantos de nosotros, con sus circunstancias, la novedad que introduce Cristo.

#### *Leer texto*

### **3. LLEVAR AL MUNDO EL AMOR QUE NOS HA ALCANZADO**

#### *Cassese*

Antes de hacer la última pregunta, quiero retomar algunos hechos que me han sorprendido profundamente a lo largo de este año y que han sucedido entre nosotros, en nuestras comunidades. Pienso ante todo en el MUD (Milano University District), organizado por nuestros universitarios como gesto de presencia pública por segundo año consecutivo, y en el nacimiento del festival MIM (Milano IncontraMi), a finales de mayo, que ha vinculado a varias obras de la ciudad. Una iniciativa que nace del deseo de varios jóvenes de mostrar allí donde viven lo que han encontrado en su vida. Un gesto sencillo pero cargado de significado.

También me viene a la cabeza la implicación de algunos jóvenes en las obras que han nacido de la experiencia del movimiento, personas que se en-

tregan gratuitamente, asumiendo incluso responsabilidades, por ejemplo en los consejos de administración de algunos colegios. Hemos asistido al nacimiento de centros culturales promovidos por amigos que desean profundizar en temas urgentes y actuales, como la inteligencia artificial y otros desafíos de nuestro tiempo. También quiero citar el trabajo común de varios colegios que han dado vida justo esta semana al instituto técnico “Carlo Acutis”.

También he visto la vitalidad de muchas familias jóvenes que toman la iniciativa y se convierten en signos de vida nueva en los lugares donde viven –pienso, por ejemplo, en las parroquias–. No da tiempo para contar todo lo que está pasando a nivel internacional, pero quiero citar al menos a algunos de nosotros, de Lombardía, que están viviendo en el norte de Europa o en los países árabes y quedan para acompañarse en el trabajo y en la vocación, implicando a nuevos amigos en este camino. Lo que más me impresiona es que estas iniciativas no son el fruto de una programación sino que florecen de la experiencia que estamos viviendo: signos, señas a través de las que el Señor nos invita a caminar e impulsa nuestra vida, y la historia de todo el movimiento, para dar nuevos pasos de madurez.

Dicho todo esto, no quiero infravalorar el camino que nos queda por hacer. De hecho, el impulso a la misión de la Jornada de apertura del curso pasado se puede haber visto, sobre todo inicialmente, de un modo un poco moralista, como un añadido, como algo que hay que hacer. Me doy cuenta de que el riesgo de caer en el moralismo siempre existe y por eso te pregunto, a la luz de todo lo que hemos dicho, ¿qué significa ser el sujeto de la misión?

#### *Prosperi*

Para empezar, debemos aprender de los ejemplos que hay entre nosotros y no solo entre noso-

<sup>51</sup> León XIV, *Mensaje firmado por el Cardenal Secretario de Estado, Pietro Parolin, con motivo del XLVI Meeting per l'amicizia fra i popoli*, 21 de agosto de 2025.

tros, y señalarlos. En todo caso, creo que lo más decisivo es esto: vivir una novedad de vida no exige requisitos previos de genialidad, fuerza, temperamento o audacia personal, sino la inmanencia, con una disponibilidad última de corazón, al lugar donde Cristo nos atrae y nos permite experimentar su misericordia con nosotros.

Para ahondar en la respuesta a tu pregunta, quisiera utilizar tres imágenes. La primera retoma uno de los libros propuestos por el movimiento para este verano, *El poder y la gloria* de Graham Greene. El protagonista de la novela es un cura fugitivo en el México de los años 30, durante la feroz persecución anticatólica. Este cura (del que además ni se dice su nombre) es el último sacerdote que queda en el territorio. Pero no es un “modelo” ideal de virtud ni el clásico héroe que desafía a todos sus enemigos, sino que está cargado de límites: es alcohólico, ha tenido una hija fruto de una relación esporádica y está aterrorizado por la persecución que sufre, de modo que intenta huir continuamente. Pero es el último sacerdote que queda en un país donde celebrar misa se ha convertido en un crimen. Por tanto, él es el que Dios ha elegido para seguir llegando a otras almas.

Este cura, moralmente indigno, es sin embargo un mendigo, un pobre de espíritu. En un momento dado, cuando casi ha llegado a la frontera con Estados Unidos y por tanto a su “salvación”, decide volver atrás para confesar a un moribundo, que además es un asesino, sabiendo que podría ser una trampa. Y no lo hace por heroísmo, sino por fidelidad a algo que le mueve y que es más grande que él. Es la experiencia del «me has seducido, Señor, y me he dejado seducir»<sup>52</sup>. Dios no necesita a los “puros” para salvar, necesita a los disponibles, aunque sean frágiles y limitados. ¡Así que no tenemos excusa! No se trata de justificar el mal, obviamente, sino de reconocer que ese mal ha sido vencido por el abrazo de la misericordia

de Dios. Ese cura morirá mártir y Cristo, a través de su Iglesia, no dejará solo al pueblo mexicano.

La misión a la que estamos llamados no consiste por tanto en estar “a la altura” sino en ser mendigos, necesitados y agradecidos por su amor, su abrazo y su compañía. Eso es lo que genera una novedad de acción. Aun frente al abismo del mal, como nos muestra y testimonia el cardenal Pizzaballa, la perspectiva cristiana es distinta: no se propone el intento de arrancar la cizaña, sino de reconocer – entre la hierba– el grano y hacerlo crecer.

No estamos llamados a eliminar los problemas sino a estar dentro de ellos de un modo nuevo («Cristo, nuevo principio de conocimiento y de acción»), compartiendo el camino de los que sufren, de los que tienen necesidad, dando testimonio del amor que hemos recibido, contribuyendo así a la transformación del mundo. Ni siquiera la contradicción más difícil de aceptar, el sufrimiento inocente (en el fondo, cualquier sufrimiento), puede carecer de significado.

Pensemos en el caso del Cireneo<sup>53</sup>: esta es la segunda imagen que os propongo. Cuentan los evangelios que los soldados que acompañaban a Jesús al Calvario obligaron a un hombre que venía de Cirene, un tal Simón, a ayudarlo. Él obedeció y no debió ser fácil. Sabemos hasta qué punto era motivo de desprecio e ignominia para un judío llevar la cruz. Pero este gesto suyo, sin que él ni siquiera se diera cuenta, contribuyó al cumplimiento del designio de salvación del Padre.

Un hombre cualquiera, que se encontró sin querer con esa circunstancia, se vio involucrado en el cumplimiento de la misión de Jesús. Pero eso nos sugiere algo muy importante: Cristo nos llama por nuestro nombre, a nosotros que somos puntitos infinitesimales en el universo, mediante las circunstancias que nos pide vivir y nos involucra en su misión. Muchos recordarán lo que decía Giussani: «Las circunstancias por las que Dios nos

<sup>52</sup> Jer 20,7.

<sup>53</sup> Mt 27,31-34; Lc 23,26; Mc 15,20-22.

hace pasar constituyen un factor esencial de nuestra vocación, de la misión a la que nos llama»<sup>54</sup>.

Por tanto, nuestra partida se juega ante todo en nuestra disponibilidad ante una llamada. La relación con las circunstancias, incluso dolorosas o de sufrimiento, se convierte en un ofrecimiento libre de uno mismo a Cristo y no en un mero padecimiento –pensamos en ciertas circunstancias inevitables– en el momento en que tomamos conciencia, gracias a la fe, a esta relación con la presencia de Cristo resucitado, de que nuestro gesto forma parte de un designio que no poseemos, el designio de salvación del Padre, y que aceptando concretamente ese tramo de camino que se nos pide recorrer con Él hasta el Calvario, estamos colaborando en la gloria de la resurrección de Cristo.

Tercera y última imagen. En Roma, durante los días del Jubileo de los Movimientos, tuve la ocasión de ver un cuadro de Rembrandt<sup>55</sup> que representa la cena de los discípulos de Emaús con Jesús después de la resurrección. En la escena principal

se ve a Jesús, curiosamente inclinado hacia la derecha, en un movimiento dinámico porque está a punto de desaparecer de su vista<sup>56</sup>. En la mesa con él están los dos discípulos. Uno de ellos está iluminado directamente por la luz que desprende el rostro de Cristo resucitado y se le ve lleno de asombro en el momento en que se da cuenta de

la excepcionalidad de quien tiene delante. El otro está en cuclillas.

A la izquierda, al fondo, se vislumbra a una mujer que probablemente está colocando la vajilla o preparando la cena para llevarla a la mesa. Y aquí hay dos detalles realmente interesantes. El primero es que la inclinación del busto de la mujer es idéntica a la inclinación del cuerpo de Jesús, como queriendo mostrar una cierta identificación con

él, aunque no sea consciente de toda su profundidad (pues nosotros desconocemos el sentimiento profundo con que Cristo nos mira a nosotros y a cada cosa). El segundo es que la mujer también desprende una luz, mucho más tenue evidentemente que la que desprende Jesús, pero del mismo tono porque refleja la luz de Cristo mientras



Rembrandt, *Cena en Emaús* (1628), Museo Jacquemart-André, París  
2025 © The Picture Art Collection / Alamy

<sup>54</sup> L. Giussani, *El hombre y su destino. En camino*, Encuentro, Madrid 2003, p. 61.

<sup>55</sup> «Il Cammino della Speranza. Rembrandt e Burnand a Roma», a cargo de Alessio Geretti. Obras expuestas: Burnand (1850-1921) *Los discípulos Pedro y Juan corriendo al sepulcro de Cristo la mañana de la Resurrección* (1898), Musée d'Orsay, París; Rembrandt (1606-1669), *Cena en Emaús* (1629), Musée Jacquemart-André, París. Estas obras se han expuesto (9 abril – 8 junio 2025) en la iglesia de San Marcello al Corso, Roma.

<sup>56</sup> Cf. Lc 24,13-35.

está haciendo lo mismo que ha hecho Cristo: está sirviendo.

Pues bien, nuestra responsabilidad en el mundo es ser reflejo de la luz de Cristo en el amor y en el servicio a Él (dice el Salmo 4: «Haz que brille sobre nosotros, Señor, la luz de tu rostro») a través del amor y el servicio a los hombres (como decía la Madre Teresa), a los que nos encontramos en nuestros caminos cotidianos, en los lugares donde vivimos, para que puedan conocer esa luz que ha entrado en nuestra vida, para que «te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo»<sup>57</sup>.

Esa es la misión a la que estamos llamados: llevar al mundo el amor que nos ha alcanzado, «el amor que mueve el sol y las demás estrellas»<sup>58</sup>. La vida es vocación. Como decíamos en la Jornada de apertura del curso pasado, hemos sido elegidos, llamados a una relación con Cristo, llamados a responder a una misión: dar a conocer al mundo su verdad, su amor, allí donde estemos, donde nos encontremos –barrio, colegio, universidad, ciudad, país, mundo–. Porque el mundo entero espera esto y todo el significado de nuestra vida reside en este ser llamados a esta misión. No hay mayor pobreza, como nos sugiere el protagonista de *El poder y la gloria* ni mayor entusiasmo que este.

Entonces, ¿cuál es el verdadero sujeto de la misión? Dice Giussani: «El verdadero sujeto cristiano es el hombre que vive y lleva consigo y crea, construye, la Iglesia allí donde está; es la comunión cristiana»<sup>59</sup>. Por ello la misión, como decíamos el año pasado, no puede prescindir de la pertenencia a la comunión cristiana.

Recordemos las palabras del papa León XIV en su encuentro con los moderadores de los movimientos: «¡Nadie es cristiano por sí solo! Somos parte de un pueblo, de un cuerpo que el Señor ha

constituido. [...] La vida cristiana no se vive en aislamiento, como si fuera una aventura intelectual o sentimental, confinada en nuestra mente y en nuestro corazón. Se vive con los demás, en un grupo, en una comunidad, porque Cristo resucitado se hace presente entre los discípulos reunidos en su nombre»<sup>60</sup>.

Esta comunión la llevas contigo aunque estés físicamente solo, como les pasa a tantos de nosotros en su lugar de trabajo en los países del mundo en los que viven. Cada juicio tuyo y cada acción tuya expresan esta comunión. La misión consiste por tanto en llevar consigo y testimoniar, allí donde estemos, lo que somos, esa realidad nueva que es Cristo, que es la comunión cristiana. Dice Giussani: «Entonces estás en tu barrio [es decir, en cualquier circunstancia cotidiana] solo por esta fe y con esta fe, llevando dentro y expresando una estructura nueva que es la estructura de la comunión cristiana: comunión y liberación». Y justo después afirma, con palabras que no dejan lugar a equívoco: «Esta es nuestra tarea, cualquier otro punto de partida no sería nuestro»<sup>61</sup>.

<sup>57</sup> Jn 17,3.

<sup>58</sup> Dante Alighieri, *Divina Comedia. Paraíso XXXIII*, v. 145, BAC, Madrid 2021, p. 402.

<sup>59</sup> L. Giussani, *Un volto nella storia. Il compito della Chiesa nel mondo (1969-1970)*, op. cit., p. 202.

<sup>60</sup> León XIV, *A los moderadores...*, op. cit.

<sup>61</sup> L. Giussani, *Un volto nella storia. Il compito della Chiesa nel mondo (1969-1970)*, op. cit., p. 202.



